

El Rico y Lázaro

Por el Rev. Mieras

Lectura Bíblica: Lucas 16

Salterio 382: 1-5

65: 1-4

200: 2

283: 1, 2, 3

Queridos amigos:

Hemos cantado del Salterio 65, las palabras de Salmo 25. En este Salmo, escuchamos las palabras de David: “De los pecados de mi juventud, y de mis rebeliones, no te acuerdes”. Creo que si una persona llegara a tener 150 años, esa oración aún tendría que ser suya. ¡Piénsenlo por un momento! Si uno pudiera llegar a la edad de 150 años, todavía no podría olvidar ni perdonarse de los pecados de su juventud. Ancianos y aquellos que son más jóvenes en medio de nosotros, traten de meditar por un momento en los días de *su* juventud. Oh, si Dios nos da una mirada a los pecados de nuestra juventud, no se puede hacer más que postrarse ante el Señor, pues solamente hemos multiplicado el número de nuestros pecados.

David experimentó algo de eso. Aunque David tenía “éxito” en la vida y había llegado a ser rey, todavía lo encontramos postrado ante el Señor, orando que Dios perdone los pecados de su juventud, y que no se acuerde de ellos. David quedó un mendigante ante un Dios justo y recto, y se postró ante la grandeza de Su majestad.

En luz de esto, consideremos una porción de lo que hemos leído juntos de Lucas 16, donde encontramos las palabras de nuestro texto en versículo 22: “*Aconteció que murió el mendigo*”.

Esta mañana deseo hablar sobre **el rico y Lázaro**. Principalmente, vamos a considerar a Lázaro, que era pobre pero rico a la misma vez. Vamos a fijarnos en tres pensamientos principales:

1. **El contraste entre el rico y Lázaro;**
2. **El lecho de muerte de Lázaro;**
3. **Una entrada gloriosa al cielo.**

Primer pensamiento

Amigos, el texto de esta mañana nos hace pensar del gran contraste que había entre el hombre rico y el pobre Lázaro. Primeramente leemos que “había un hombre rico, que se vestía de púrpura y lino fino, y hacía cada día banquete con esplendor”. Cuando yo estaba meditando en este versículo, me puse a pensar en el hecho de que uno puede vestirse de lujo todos sus días, pero si no tiene el manto de la justicia de Cristo, ¡le falta todo!

Este hombre vivió según los deseos de la carne. De hecho, todos somos así por la naturaleza, y todos viviríamos así si no conocemos la obra de Dios en el corazón. Si somos honestos con nosotros mismos, por nuestra naturaleza caída, todos nosotros desearíamos vivir como si no existiera la muerte ni la eternidad, ¿no es cierto? Y así vivió este hombre rico. Todos los demás lo admiraron por su gran riqueza. ¡Qué triste! Puede ser que todo el mundo nos admire, pero si Dios no nos mira con Su gran misericordia, ¿qué nos importa la admiración de los demás? Cuando Dios nos mira de verdad por un momento, nos quita todo orgullo, y nos quedamos en el polvo ante el Señor.

El hombre rico también tenía muchos amigos. Aquí vemos la verdad de lo que leemos en la Palabra de Dios: “Las riquezas traen muchos amigos; mas el pobre es apartado de su amigo” (Prov. 19:4). No obstante, si un rico pierde su dinero, o si sufre dificultades u opresiones, verá muy pronto cuántos amigos verdaderos tiene él. ¡Seguramente serán muy pocos! La experiencia y la Biblia enseñen esto.

Deseamos considerar a este hombre rico de Lucas 16 por algunos momentos, y a la vez veremos el contraste que existe con el pobre Lázaro. Dios ni siquiera nos dice el nombre del hombre rico; solamente leemos que “había un hombre rico”. ¿Por qué no se menciona su nombre? ¿Era un pecado estar rico? ¡De ninguna manera! Seamos muy ricos o seamos muy pobres, todos somos lo mismo en los ojos del Señor. Abraham, Isaac, y Jacob eran hijos de Dios, y los tres eran muy ricos en cuanto a las cosas de este mundo. No, el pecado no consiste en ser rico, amigos. Yo conozco a algunas personas que se hacen muy orgullosos con cinco dólares, y actúan como si fueran millonarios. Conozco a otros que poseen miles de miles de dólares y se sienten pobres. Por tanto, ¡el hombre rico no era pecador por causa de sus riquezas, y el pobre Lázaro no era hijo de Dios por causa de su pobreza!

Este hombre rico era un enemigo declarado de Dios. A veces cuando ando caminando por un pueblo, es como si pudiera oler la enemistad contra Dios y Su Palabra. Es cierto, no debemos

juzgar el uno al otro, pues Dios lo hará en Su debido tiempo. Sin embargo, hay momentos cuando siento que los ojos que me miran quisieran decir: “Ahí va uno de aquellos que debe estar en un museo, con su religión tan anticuada y pasada de moda”. No me avergüenzo de estar firme por los fundamentos de la verdad, esté yo donde esté.

Siempre insisto que seamos pobres o seamos ricos, mis amigos, ¡es necesario que seamos convertidos! No obstante, tomen en cuenta que necesitamos ser convertidos; no podemos convertirnos a nosotros mismos. ¿Qué significa ser verdaderamente convertido? Significa recibir un corazón nuevo. Amigos, debemos estar orando por un corazón nuevo día y noche. Es necesario orar al Señor: “O Dios, estoy viajando hacia la eternidad; dame un corazón nuevo”. Esta oración es igual de urgente tanto en el palacio del rey como en la casa más humilde del pobre. Seamos ricos o pobres, necesitamos nacer de nuevo.

Sin embargo, este rico de nuestro texto no pensaba en este asunto tan importante; no hizo caso de su gran necesidad. Más bien, vivía como si la muerte y la eternidad jamás le alcanzaran. De hecho, entonces, este rico era muy, muy pobre. Es más, nunca se fijó en el pobre Lázaro que estaba echado a la puerta de su casa. ¡Qué falta de amor a su prójimo! El rico nunca pensó en darle al pobre Lázaro un plato de comida; al contrario, Lázaro “ansiaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico”. Tal vez el pobre Lázaro haya comido a veces de las sobras del rico que sus siervos echaban por la reja, pero nunca era debido a que el rico haya querido darle algo; si Lázaro recibió algo, fueron los desperdicios que estaban echando los siervos del rico. Oh, ¡qué es el hombre por la naturaleza! Ciertamente no tiene nada de bueno. Yo veo mi propia imagen en el hombre rico. Yo y usted somos como él por la naturaleza.

Pero ahora en nuestro segundo pensamiento iremos a esa puerta donde estaba echado el pobre Lázaro.

Segundo Pensamiento

En nuestra mente vemos a un hombre echado a la puerta de la casa del rico: es el pobre Lázaro. Hay algo que nos llama la atención aquí: la Biblia no nos dice cuál era el nombre del hombre rico, pero aquí leemos que el hombre pobre se llamaba Lázaro. La Biblia nos dice que había “un mendigo llamado Lázaro”. Sí, Dios Mismo lo ha llamado “mendigo”. ¿Saben qué es un gran honor si Dios nos llama “mendigo”? Es posible que nosotros nos refiramos a nosotros mismos como “mendigos”, mientras andamos espiritualmente “ricos, sin necesidad de ninguna

cosa” (Ap. 3.17). Es una gran bendición ser llamado un mendigo espiritual por Dios, tal como Dios llama a Lázaro en Su Palabra. Dios hace que seamos pobres en nosotros mismos, para que busquemos las riquezas de Otro: Jesucristo. Entonces, vemos que el rico, que tenía muchas posesiones, ni siquiera recibe un nombre en la Biblia, mientras el pobre Lázaro recibe su nombre de Dios.

Miremos a este pobre Lázaro: no sólo le faltó su pan diario, sino que también sufría aflicciones en todo su cuerpo, y estaba “lleno de llagas”. Los perros eran sus mejores amigos, pues “venían y le lamían las llagas”. Lázaro estaba alegre al ver los perros llegar. ¿Alguna vez le ha acontecido en su vida? Por supuesto no hablamos literalmente; no queremos decir que seamos alegres cuando llegan los perros. Lo que preguntamos es: ¿alguna vez ha estado alegre usted al recibir una visita humilde: una persona que era como la pobre mujer que se aproximó a Jesús, y no se consideró a sí misma más que uno de los pequeños perros?

Cada vez que el hombre rico salía, había una gran muestra de esplendidez. Había dos caballos de tiro, un hermoso carro, y siervos, pues... ¡el caballero salía! Oh amigos, ¿piensan que hay “caballeros” en las puertas de la eternidad, o ante el trono de Dios? ¡No! Ante el trono de Dios no aparecen más que pecadores salvos.

Cada vez que el hombre rico salía con todo su orgullo y pompa, nadie hizo caso al pobre Lázaro echado allí por la puerta. ¡Nadie! Allí estaba echado uno que estaba preparado para el cielo, pero la muchedumbre ni se daba cuenta mientras pasaban con el rico, rumbo al infierno. ¿Con quién preferiría estar usted: con el rico y su esplendidez o con el pobre Lázaro, echado a la puerta? Solamente hay dos caminos; ¡no hay otro! Si usted piensa que hay otro camino que sea no tanto como el rico, pero que sea a la vez no tanto como el pobre Lázaro, usted se está engañando por la eternidad. Realmente, si tuviéramos ojos espirituales, tendríamos envidia de Lázaro, echado ahí a la puerta, y diríamos: “Oh Dios, si tan solo yo pudiera estar echado allí con Lázaro, con todas mis aflicciones, y con toda mi pobreza espiritual”. ¿Por qué debemos desear estar con Lázaro en tal lugar? Veremos lo que sucedió con aquel pobre bendito.

El momento llegó cuando Lázaro murió. Las aflicciones del pueblo de Dios no durarán para siempre; en el momento de su muerte se librarán de todas. Llegará un día cuando se librarán de su pobreza. Ojo, aquí no se refiere a la pobreza temporal, sino de la pobreza espiritual que es la porción de todos los verdaderos hijos de Dios. ¿Qué leemos en Mateo 5:3? “Benditos los pobres *en espíritu*, porque de ellos es el reino de los cielos”.

Nuestro texto dice que “Aconteció que murió el mendigo”. Llegó el momento cuando Dios dijo al pobre Lázaro: “Basta ya; tú has bebido de la copa de la amargura toda tu vida, y has experimentado molestia y tristeza durante todos tus días”. Tú has aprendido verdaderamente de la brecha que se creó en Génesis 3, con la caída del hombre.” Yo creo que todos nosotros aprenderemos de la verdadera amargura que ha traído aquella brecha entre Dios y su alma. Sin embargo, amigos, si no lo aprendemos hasta el momento de nuestra muerte, ¡entonces sería demasiado tarde! Es necesario aprender la dura lección de nuestro estado caído aquí en este mundo, por la luz del Espíritu Santo. ¿Se da cuenta usted de este solemne hecho? ¿Se da cuenta usted de que si no aprende de la brecha entre Dios y su alma hasta que muera usted, ya será demasiado tarde para ser salvo? Amigos, yo pienso en ese solemne hecho tantas veces, especialmente cuando veo que la mayoría de personas en este mundo ni siquiera piensan una sola vez en el encuentro que tendrán con su Creador. Como bien dice nuestra liturgia del bautismo, todos nosotros tomamos parte de la condenación en Adán. Eso expresa exactamente lo que somos nosotros: condenados con Adán. Hay una brecha entre Dios y nuestra alma por nuestra naturaleza, y ¡esa brecha tiene que ser reparada!

Ahora bien, volviendo a nuestro tema: Lázaro ha muerto. Hablando con toda reverencia, la muerte tuvo misericordia de él, pues ese pobre hombre no tenía una vida fácil. Y la Biblia nos enseña que todos los hijos de Dios tienen muchas aflicciones en esta vida. “Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (Hch. 14:22). Tiene que haber muchas aflicciones y muchas tribulaciones antes de que pueda haber la paz de la vida venidera. Pero, ¡qué bendición! Para estos afligidos, al momento de morir se habrá acabado toda aflicción. En el momento fijado por Dios en el consejo de la eternidad, todos los hijos de Dios llegarán a la paz celestial. También para el pobre Lázaro, el momento llegó cuando Dios vino a recogerlo. Aunque el hombre rico, con sus grandes procesiones y sus carros espléndidos, jamás se fijo en el pobre Lázaro, llegó el momento cuando Dios llegó con Su carro celestial para llevar a Su hijo pobre y afligido.

Lázaro había estado en “las entrañas” de Cristo desde toda la eternidad. (*Nota: Filipenses 1:8 en el griego, y en la RV1602, RV1909 = “en las entrañas de Cristo”. También ver Jer. 31:20 – Guillermo.*) Hay un pueblo que ha estado en las entrañas de Cristo y el corazón del Padre desde la eternidad. Aunque por su pecado original y actual ellos pierden la comunión con Dios, ese

pueblo nunca ha salido del corazón del Padre, Quien les amó siempre. Si no fuera así, amigos, no habría ninguna esperanza para ellos. Toda su esperanza viene del lado de Dios.

Cuando murió el hombre rico más tarde, seguramente hubo mucha actividad, conmoción y esplendor, también para llevarlo a su tumba. Sin embargo, cuando murió Lázaro, no pasó nada. ¿Nada? ¡Sí, algo mucho más importante sucedió! Dios, en Cristo, lleva a Lázaro a su casa eterna. El mundo no se da cuenta de esta actividad; no obstante, es de suma importancia que haya esa actividad celestial al momento de nuestra muerte. Si el mundo hace mucha conmoción y actividad al momento de nuestra muerte, no nos vale nada, pero necesitamos que haya actividad desde el cielo.

Lázaro murió, tal como yo, usted, y todos nosotros moriremos. ¡Cuántas veces escuchamos que éste o aquéllo ha muerto! Sin embargo, algún día también se dirá de nosotros: “Ha muerto”. No obstante, la muerte no es algo que temer si somos llevados por los carros de Dios como fue llevado Lázaro. Pues, eso hace que la muerte sea algo posible para el pueblo de Dios, de tal modo que a veces ellos incluso tienen el deseo de dejar este mundo.

Leemos que Lázaro “fue llevado por los ángeles al seno de Abraham”. ¡Qué milagro! Lázaro había perdido todo en esta vida, pero había hallado a Cristo. Y, por medio de la obra de Cristo, al momento de su muerte, Lázaro está llevado a su casa celestial. Hay un pueblo en este mundo que dicen con el Salmista: “Mis huidas tú has contado; Pon mis lágrimas en tu redoma” (Salmos 56:8). Sin embargo, algún día ese pueblo también será llevado a su casa eterna en los cielos.

Así llega Lázaro a la puerta del cielo. Esa puerta había estado cerrada y pegada por causa de la caída del hombre, y hubiera estado cerrada para siempre por nuestro lado. Pero esta puerta ha estado abierta otra vez a través de los méritos de Cristo. Así que cuando llega Lázaro, las puertas se abren, y miles de millares de ángeles estaban esperándole para llevarlo adentro. ¡Qué bendición para aquel pobre hombre que siempre había estado echado a la puerta del hombre rico, sin que aquella puerta se abriera nunca! Y, los ángeles lo llevaron al seno de Abraham.

Lázaro era uno que había andado en este mundo creyendo que era digno del infierno. ¡Esa es la gracia verdadera, amigos! Los verdaderos hijos de Dios no tienen una opinión tan alta de sí mismos, y en la vida de la gracia, muchas veces uno se cree merecedor del infierno. Pero, ¡qué milagro de la gracia es considerarse digno del infierno y luego ser llevado al seno de Abraham! Oh, yo lo desearía para cada uno de ustedes. Lázaro y todos los hijos de Dios necesitarán una eternidad para alabar a Dios y al Cordero por Su salvación que han obrado, y para decirle: “Oh

Dios, ¿qué Te conmovió a mirar a uno tan indigno como soy yo?” Sí, amigos, esa salvación todavía es posible para el mayor de los pecadores. Aunque usted haya arruinado todo por causa de sus muchos pecados, todavía hay esperanza para usted, para que usted también sea llevado por los ángeles al seno de Abraham. Es posible para usted una gloriosa entrada en el cielo, tal como experimentó Lázaro. Vamos a considerar esa gloriosa entrada en nuestro tercer pensamiento.

Tercer Pensamiento

Tanto el pobre Lázaro como el rico murieron. Claro, el rico también muere, pues aunque seamos ricos, ninguno “podrá en manera alguna redimir al hermano, ni dar a Dios su rescate” (Salmos 49:7). La sentencia ha sido pronunciada sobre todos nosotros; solamente estamos esperando que se ejecute la sentencia. Sin lugar a dudas, hubo mucha gente que vino al velorio del rico, pues había tenido una gran posición en la sociedad. Hubo mucha actividad, y muchos participaron en los actos funerarios. Leemos en Hechos 8 que cuando el piadoso Esteban murió, algunos hombres lo llevaron a su entierro. Todo fue hecho con sencillez y solemnidad. Cuando Lázaro murió, seguramente no había ni siquiera una carretilla que paró para llevarlo, pues sólo era “el mendigo” quien había muerto. Pero cuando murió el hombre rico, hubo esplendidez aun en su entierro. Seguramente hubo una gran procesión y mucha comida.

Una vez escuché a un sepulturero (alguien que cava para los entierros) decir: “Pastor, el cementerio es el lugar donde se hablan más mentiras que en cualquier otro lugar”. ¿Entienden lo que quería decir, amigos? Muchas veces las lápidas dicen muchas cosas muy buenas acerca del muerto (*¡al menos en Europa y Norteamérica! – Guillermo*). Muchas veces es así en el mismo servicio de entierro, cuando dicen cualquier clase de elogio acerca del difunto, por más que haya sido la persona un pecador abierto en vida. Sin duda fue así en el entierro del hombre rico. ¡Qué hermosas palabras habrán dicho de este hombre tan importante! Habrán podido escribir un hermoso libro lleno de todos los elogios que ofrecieron al entierro del hombre rico. Cada uno intentaba hablar más bonito que el otro. Y, a pesar de todo eso, el hombre ya estaba en la perdición eterna; su alma estaba en el infierno.

Oh amigos, a veces cuando estoy a lado de una tumba abierta, me pongo a pensar que lo que se coloca en la tierra no es más que polvo. Del polvo Dios nos creó, y al mismo polvo volveremos. Sin embargo, ¿qué del alma? El alma preciosa del hombre, el mismo espíritu de la

vida, nunca morirá. ¿Alguna vez ha pensado usted en su destino final? Oh, yo quisiera decirles, mejor dicho es mi *deber* proclamarles en el nombre de Cristo: “¡Apúrense por su vida!”

El rico murió y fue sepultado. Y ahora veremos la gran diferencia entre la muerte del rico y la muerte del pobre Lázaro. Hemos leído que Lázaro fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. ¿Leemos lo mismo acerca del rico? ¡Al contrario! Leemos que “en el Hades alzó sus ojos”. *(RV1602, RV1909 = “en el infierno”. La palabra “Hades” es una transliteración del griego, y tiene como significado más común “el lugar de las almas partidas”. Es uno de los más grandes problemas con la RV1960 – quita la palabra “infierno” del español original más de 50 veces. “Hades” normalmente no lleva la misma connotación que conlleva la palabra “infierno”, y lo vemos como un intento de “suavizar” el mensaje eterno. La palabra ‘hades’ también puede llevar el significado del infierno, según los léxicos, y sin lugar a dudas se refiere al infierno en este pasaje. Todas las demás Biblias de la época de la Reforma emplean la palabra para “infierno” aquí... la Biblia en inglés, italiano, holandés, alemán, francés, portugués, ¡y español de 1602! – Guillermo.)*

Oh amigos, ¡qué alzamos nuestros ojos a Dios mientras estamos en el día de la gracia! Pues si tendremos que alzar los ojos en el infierno, no habrá nunca la mínima esperanza de ser salvo. Que el Espíritu nos inclinara a alzar los ojos a Dios hoy mismo, buscando a Dios y la salvación que hay en Cristo Jesús. El alzar los ojos a Dios es una acción tan bendita: una que yo recomendaría de corazón a cada uno de ustedes. Ninguna persona que ha alzado los ojos a Dios jamás se ha arrepentido de haberlo hecho.

Veamos el contraste entre el rico y Lázaro: uno alzó los ojos en el infierno, y el otro alzó los ojos desde el seno de Abraham. Y escuchemos lo que dice el rico: “Padre Abraham”. Antes no había querido escuchar de Abraham, pero ahora le ruega: “Ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua”. Pero, ¿qué es la respuesta de Abraham? “Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida”. Es como le dijera: “Tú tenías la oportunidad de buscar la gracia y pedir la misericordia; ¡ya es tarde!” ¡Cómo sería si nos dijera a nosotros: “Tú has tenido la oportunidad de pedir la salvación; ya es demasiado tarde”! Y, eso es, sin lugar a dudas, lo que escucharemos si seguimos rechazando a Dios y su salvación, y si Dios no interviene en nuestras vidas. Mientras estamos en el día de la gracia, ¡busquemos la salvación de Dios! Oh amigos, les exhorto a doblar sus rodillas ante Dios cuando lleguen a sus casas, si es que Dios nos permite llegar a casa. Doblemos las rodillas ante el Dios de los dioses, el Rey de reyes, pues el tiempo se nos está pasando tan rápidamente.

“Murió también el rico, y fue sepultado”. Después de un entierro tan espléndido, ¡no quedó nada! El rico, como todos nosotros, tenía que ver con su Hacedor solo. Y leemos que “en el Hades alzó sus ojos”. Ni siquiera le fue permitido mojarse la lengua. Si tenemos que morir fuera de la salvación de Cristo, tendremos que vivir eternamente en el infierno sin Cristo. ¡Cuán terrible será eso! Pero si morimos como el pobre Lázaro, conociendo la salvación de Cristo, viviremos para siempre con Cristo, glorificando a Dios por los siglos de los siglos.

Antes de terminar con algunos pensamientos de aplicación, cantemos **Salterio 200:2**.

Aplicación

Hemos escuchado de dos vidas tan distintas, y dos muertes tan diferentes. Que Dios nos haga experimentar lo que había experimentado Lázaro: había faltado mucho en cuanto a las cosas de esta vida, pero poseía todo en cuanto a la vida venidera. Que también sea nuestra porción ser llevado al seno de Abraham. Allí Lázaro fue consolado, y así serán consolados todos los hijos de Dios cuando terminen los días de su tribulación aquí en la tierra, y cuando puedan llegar al seno de Abraham. Entonces algo pasará que jamás habían entendido aquí en este mundo: ¡el Señor enjugará todas sus lágrimas! En aquel momento, Dios les dirá: “Tú eres mío para siempre, pues te he comprado, no con oro ni con plata, sino con la preciosa sangre de Mi querido Hijo”.

Con estas pocas palabras hemos trazado el contraste entre el rico y Lázaro. Nosotros también estamos viajando hacia la eternidad, y muy pronto la muerte también nos alcanzará. Oh, mis compañeros en el viaje hacia la eternidad, que el Espíritu de Dios les dé impresiones de la seriedad de vida y de la eternidad. ¡Ahora es el momento; no hay tiempo que perder! Todavía es posible ser salvo, pues todavía estamos en el día de la gracia. Después de la muerte no hay posibilidad de buscar a Dios. El árbol de nuestra vida caerá pronto, y “si el árbol cayere al sur, o al norte, en el lugar que el árbol cayere, allí quedará” (Ec. 11:3).

“Si hoy oyereis su voz, no endurezcáis vuestro corazón” (Sal. 95:7, 8). Jóvenes y ancianos, que doblen las rodillas ante la grandeza y la majestad de Dios. Que digamos con David en el Salmo: “Me postraré hacia tu santo templo, y alabaré tu nombre por tu misericordia y tu fidelidad” (Salmo 138:2).

Hijos de Dios en medio de nosotros, tal vez ustedes han oído algo que les haya animado esta mañana. Como dice la Palabra de Dios, “Tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida” (Ap. 2:10). Ustedes también están el día de la gracia

todavía, pero a ustedes el Señor dice: “Teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante” (Heb. 12:1). ¿Cómo se puede hacer eso? La respuesta se encuentra en la misma porción de las Escrituras: “Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe” (Heb. 12:2). Oh, ¡fijen sus ojos en Él! Si Dios les da la gracia para hacerlo, experimentarán ustedes algo de lo que experimentaron los discípulos en el monte de la transfiguración, donde leemos que “alzando ellos los ojos, a nadie vieron sino a Jesús solo” (Mt. 17:8). Que Dios se les otorgue para Su honor y Su gloria, Amén.